

ría dar á Francia una Constitución tan absurda como la del 93, y al fin se declaró que no había lugar á deliberar sobre la proposición de los dos Merlines. En cuanto á los procedimientos comenzados, se tenían demasiadas venganzas para renunciar á ellos; pero la Asamblea resolvió no escuchar á los acusados sino en los días impares, á fin de tener tiempo de evacuar los demás asuntos.

Semejante decisión no era la más propia para calmar á los patriotas. El día de la década (10 germinal) se pasó en excitarse mutuamente. Las asambleas de sección se mostraron muy tumultuosas; pero no se realizó el movimiento temido. En la sección de los Trescientos se hizo otra petición más atrevida que la primera, que debía ser presentada al día siguiente. Leyóse en efecto en la barra de la Convención, y decía: «¿Por qué está París sin Ayuntamiento? ¿Por qué han cerrado las sociedades populares? ¿Qué se ha hecho de nuestras mieses? ¿Por qué han ido bajando cada día más los asignados? ¿Cuál es la causa de que sólo puedan reunirse los jóvenes del Palacio Real, y cuál la de que únicamente los patriotas se hallen encarcelados? El pueblo quiere al fin ser libre, y sabe que cuando está oprimido, la insurrección es su deber primero.» La petición fué escuchada en medio de los murmullos de gran parte de la Asamblea y de los aplausos de la Montaña. El presidente Peltet de la Lozere recibió con mucha aspereza á los peticionarios, y los despidió. La única satisfacción que les dieron fué enviar á las secciones la lista de los patriotas presos, para que examinaran si había algunos que merecieran ser reclamados.

Durante el resto del día 11 continuaron las agitaciones en los arrabales. Por todas partes se dijo que era preciso ir al día siguiente á la Convención á pedir de nuevo todo cuanto no se había podido conseguir aún, aviso que corrió de boca en boca por los barrios que ocupaban los patriotas. Los motores, sin tener un objeto bien determinado, querían promover una reunión general y lanzar contra la Convención á todo el pueblo. En efecto, al día siguiente, 12 germinal (1.º de abril), se sublevaron en la sección de la Cité muchas mujeres y niños; reunidas en las puertas de los tahoneros, impedían á los que esperaban ya recibir la ración, y trataban de conducir á todo el mundo hacia las Tullerías. Los alborotadores propalaron al mismo tiempo toda clase de rumores; dijeron que la Convención iba á salir para Chalóns, dejando al pueblo de París entregado á la miseria; que había desarmado aquella noche á la sección de Gravilliers; que se hallaban reunidos los jóvenes en el Campo de Marte en número de treinta mil, y que con su auxilio se iba á desarmar á las secciones patriotas. Obligarón á las autoridades de la sección de la Cité á que les entregasen sus tambores, y apoderándose de ellos, comenzaron á tocar generala por todas las calles. Comunicóse rápidamente el incendio; y sublevada la población del Temple y del arrabal de San Antonio, dirigióse á las Tullerías por los muelles y el bulevar. Esta formidable multitud se componía de una infinidad de mujeres, muchachos y hombres beodos, armados éstos con palos y mostrando la siguiente inscripción en los sombreros: *Pan y Constitución del 93.*

La Convención estaba oyendo en aquel instante un informe de Boissy-d'Anglós sobre los diversos sistemas adoptados en materia de subsistencias. No tenía más

defensa que la guardia diaria; la multitud estaba ya á sus puertas, é inundando el Carrousel y las Tullerías interceptaba todas las avenidas: de modo que las numerosas patrullas que circulaban por París no podían acudir en auxilio de la representación nacional. La multitud se introduce en el salón de la Libertad, que precedía al de las sesiones, y quiere penetrar en el seno mismo de la Asamblea. Los ujieres y la guardia hacen esfuerzos para contenerla; pero varios hombres armados de palos se precipitan impetuosamente, derriban todo cuanto les opone resistencia, agólpanse á las puertas, las destrozan, y al fin inundan como un torrente el centro de la Asamblea, profiriendo voces, agitando sus sombreros y levantando una nube de polvo. ¡Pan! ¡Pan! ¡La Constitución del 93! grita aquella multitud. Los diputados, sin abandonar sus asientos, manifiestan una serenidad imponente. De pronto se levanta uno de ellos y exclama ¡Viva la república! Todos le imitan; y la multitud repite el mismo grito, aunque añadiendo: ¡Pan! ¡Pan! ¡Constitución del 93! Únicamente los individuos de la izquierda dejan oír algunos aplausos, y no parecen llevar á mal que se halle el populacho en medio de ellos.

Aquella multitud á la cual no se había trazado ningún plan, y cuyos jefes no querían servirse de ella sino para intimidar á la Convención, se disemina entre los diputados, y siéntase junto á ellos, aunque sin atreverse á hacer ninguna demostración hostil. Legendre quiere tomar la palabra y comienza á decir: «Si alguna vez la malevolencia...» La multitud no le permite acabar, interrumpiéndole con los gritos de «¡Fuera! ¡Fuera! ¡No tenemos pan!» Merlin de Thionville, siempre tan animoso como en Maguncia y la Vendée, abandona su puesto, sitúase en medio del populacho, habla á algunos de aquellos hombres, los abraza, es abrazado á su vez, y aconséjales entonces que respeten á la Convención... «¿Á tu puesto!, le gritan varios montañeses. — Mi puesto, contestó Merlin, está en medio del pueblo. Estos hombres acaban de asegurarme que no abrigan malas intenciones; que no quieren intimidar á la Convención con su número, y que, lejos de esto, la defenderán, pues sólo vienen aquí para manifestar la urgencia de sus necesidades. — ¡Sí, sí, vuelve á gritar la multitud, queremos pan!» En aquel instante se oyen gritos en el salón de la Libertad; es otra oleada popular que sigue á la primera; otra irrupción de hombres, mujeres y niños que vienen gritando todos á un tiempo: ¡Pan! ¡Pan!.. Legendre quiere volver á tomar la palabra, mas le interrumpen gritando: ¡Fuera!

Bien comprendían los montañeses que hallándose la Convención en aquel estado, oprimida, envilecida y ahogada, no podía escuchar, ni hablar, ni deliberar, y que hasta se había frustrado el objeto mismo de la insurrección, puesto que no se podían dar los apetecidos decretos. Gastón y Duroi, ambos de la izquierda, se levantan para quejarse del estado á que se ve reducida la Asamblea; y el primero, acercándose al pueblo, le dice: «Amigos míos, queréis pan, la libertad de los patriotas y la Constitución; mas para esto es preciso deliberar, y no podemos hacerlo si permanecéis aquí.»

El ruido impide que se oiga á Gastón. Andrés Dumont, que ha substituído al presidente en la silla, trata inútilmente de dar las mismas razones á la multitud, pero no se le escucha: sólo el montañés Huguét consi-

gue que se escuchen algunas de sus palabras. «El pueblo aquí presente, dice, no es insurrecto; viene á pedir una cosa justa, que es la libertad de los patriotas. ¡Pueblo, no abandones tus derechos!» En aquel momento preséntase un hombre en la barra, cruzando entre la multitud que le abre paso; es un tal Vanec, que mandaba la sección de la Cité el 31 de mayo. «Representantes, dice, veis ante vosotros á los hombres del 14 de julio, del 10 de agosto y hasta del 31 de mayo...» Al oír esto, las tribunas, el populacho y la Montaña aplauden estrepitosamente. «Estos hombres, continúa Vanec, han jurado vivir libres ó morir. Vuestras divisiones desgarran la patria, y ésta no debe padecer por vuestros odios. Devolved la libertad á los patriotas y el pan al pueblo. Castigad al ejército de Frerón y á esos señores de los palos. Y tú, santa Montaña, añade el orador volviéndose hacia los bancos de la izquierda, tú que tanto has combatido por la república, los hombres del 14 de julio, del 10 de agosto y del 31 de mayo te reclaman en este momento de crisis; los hallarás siempre dispuestos á sostenerte y á verter su sangre por la patria.» Varios gritos y aplausos contestan á estas últimas palabras de Vanec; una voz de la Asamblea parece elevarse contra él, mas apenas se percibe. Pídesese que aquel que tenga algo que decir contra Vanec lo manifieste al punto. «Sí, sí, grita Duhem, que lo diga en voz alta.» Preséntanse sucesivamente en la barra los oradores de varias secciones, y con términos más mesurados piden lo mismo que la de la Cité. El presidente Dumont responde con firmeza que la Convención se ocupará de los deseos y necesidades del pueblo tan pronto como pueda reanudar sus trabajos. «¡Que lo haga al punto!, contestan varias voces; necesitamos pan.» El tumulto dura así algunas horas, siendo el presidente objeto de interpelaciones de toda especie. «El realismo está en el sillón, le dice Choudieu. — Nuestros enemigos promueven la tormenta, responde Dumont, é ignoran que el rayo caerá sobre sus cabezas. — Sí, replica Ruamps, el rayo es vuestra juventud del Palacio Real. — ¡Pan! ¡Pan!», repiten las mujeres furiosas.

En aquel momento se oye tocar á rebato en la torre de la Unión: los comités, en efecto, cumpliendo con la ley de alta policía, reunían las secciones, y varias de ellas, tomando las armas, marchaban hacia la Convención. Los montañeses comprendían bien que era preciso apresurarse á convertir en decretos los deseos de los patriotas; mas para ello hacía necesario desahogar un poco la Asamblea y dejarla respirar. «Presidente, grita Duhem, invita á los buenos ciudadanos á salir, para que podamos deliberar.» Y dirigiéndose al pueblo, añade: «La campana de rebato acaba de resonar, y están tocando á generala en las secciones; si no nos dejáis deliberar, la patria está perdida.»

Choudieu quiere coger á una mujer del brazo para hacerla salir, pero ella contesta furiosa: «Estamos en nuestra casa.» Choudieu interpela al presidente y le dice que si no sabe cumplir con su deber, mandando despejar la sala, que debe ceder su puesto á otro. Después se dirige de nuevo á la multitud y exclama: «Os tienden un lazo; retiraos para que podamos satisfacer vuestros deseos.» Al ver las señales de impaciencia de toda la Montaña, el pueblo se dispone á retirarse, y dado el ejemplo, todos siguen poco á poco; la gran afluencia

disminuye en el interior de la sala y también fuera de ella. Los grupos de jóvenes no hubieran podido nada contra aquel pueblo inmenso; pero los numerosos batallones de las secciones fieles á la Convención llegaban ya por todas partes, y la multitud se retiraba ante ellos. A la caída de la tarde hallábase despejado así el interior como el exterior de la sala, y quedaba restablecida la tranquilidad en la Convención.

Apenas se ve libre la Asamblea, pídesese la continuación del informe de Boissy-d'Anglós, interrumpido por irrupción del populacho. La Asamblea no estaba aún bastante segura, y quería probar que, una vez libre, su primera atención sería ocuparse de las subsistencias para el pueblo. Terminada la lectura de su informe, Boissy propone tomar de las secciones de París una fuerza armada para proteger en los alrededores la llegada de los granos, y se aprueba el decreto. Prieur del Marne propone dar principio á la distribución de pan para los obreros, y también se adopta la proposición. Ya estaba muy adelantada la tarde, y hallábase reunida una numerosa fuerza alrededor de la Convención; algunos revoltosos, que resistían aún, acababan de reunirse, los unos en la sección de los Trescientos, y los otros en la de la Cité; estos últimos, apoderándose de la iglesia de Nuestra Señora, se habían atrincherado en ella, por decirlo así; pero no se temía nada, y la Asamblea podía castigar los atentados del día.

Isabeau se presenta en nombre de los comités para dar cuenta de los acontecimientos del día, manifestando cómo se habían formado los grupos, las instrucciones que recibieron, y las medidas adoptadas por los comités para dispersarlos conforme á la ley del 1.º germinal. Refiere que el diputado Auguis, encargado de recorrer diversos barrios de París, fué detenido por los facciosos y herido, y que Peniere, enviado para auxiliarle, recibió un tiro. Al oír este relato oyense gritos de indignación y se pide venganza. Isabeau propone: 1.º, declarar que en este día se ha violado la libertad de las sesiones de la Convención, y 2.º, encargar á los comités la información contra los autores del atentado. Oída la proposición, los montañeses, comprendiendo la ventaja que se puede obtener contra ellos por una tentativa frustrada, comienzan á murmurar; pero levántanse las tres cuartas partes de los diputados y piden la votación. Todos dicen que aquello es un 20 de junio contra la representación nacional; que se ha invadido la sala de la Asamblea como el 20 de junio el palacio del rey, y que si la Convención no procede con rigor, se preparará bien pronto contra ella un 10 de agosto. Sergent, diputado de la Montaña, quiere imputar este movimiento á los fuldenses, á los Lameth y á los Dupont, que desde Londres, dice, tratan de impeler á los patriotas á imprudentes excesos. Thibaudeau, que durante esta escena se había retirado de la Asamblea, indignado por el ataque que acababa de sufrir, se lanza á la tribuna, y exclama, señalando á la izquierda: «¡Ahí está la minoría que conspira! Declaro que me ausenté durante cuatro horas porque ya no veía aquí la representación nacional. Vuelvo ahora para apoyar el proyecto de decreto. Ha pasado el tiempo de la debilidad; la de la representación nacional es la que siempre la comprometió, dando alas á una facción criminal. La salvación de la patria se halla hoy en vuestras manos, y la perderéis si sois débiles.» Apruébase el de-

creto en medio de los aplausos, y comienzan á manifestarse por todas partes esos accesos de cólera y de venganza que se despiertan al recordar los peligros pasados. Andrés Dumont, que había ocupado el sillón durante aquella escena borrascosa, precipítase á la tribuna para quejarse de las amenazas y de los insultos de que ha sido objeto; recuerda que Chasles y Choudieu, señalándole al pueblo, han dicho que el realismo estaba en el sillón y que Fousseidoire había propuesto la vispera en un grupo desarmar á la guardia nacional. Fousseidoire contesta con un mentís; pero muchos diputados aseguran haberlo oído.

«Por lo demás, replica Dumont, yo desprecio á todos esos enemigos que han querido dirigir sus puñales contra mí; á los jefes es á quienes se debe castigar. Se ha querido salvar hoy á los Billaud, á los Collot y á los Barrère; yo no os propondré que los enviéis á la muerte, porque no están juzgados, y pasó ya el tiempo de los asesinatos; pero sí que los desterréis del territorio que infectan promoviendo las sediciones. Os propongo para esta misma noche la deportación de los cuatro acusados en cuya causa entendéis hace varios días.» Esta proposición es acogida con vivos aplausos. Los individuos de la Montaña piden la votación nominal, y algunos de ellos van á la mesa á firmar la demanda. «Es el último esfuerzo, dice Bourdón, de una minoría cuya traición queda descubierta. Os propongo además el arresto de Choudieu, Chasles y Fousseidoire.» Decrétese ambas proposiciones y se termina así por el destierro el largo proceso de Billaud, Collot, Barrere y Vadier. Choudieu, Chasles y Fousseidoire quedan arrestados; pero no se detienen aquí. Recuérdase que Huguet ha tomado la palabra durante la invasión de la sala, exclamando: «Pueblo, no olvidéis tus derechos!» que Leonardo Bourdón presidía la sociedad popular de la calle de Vert-Bois, y que ha excitado la insurrección con sus continuas declamaciones; que Duhem estimuló abiertamente á los revoltosos durante la irrupción del populacho, y que los días anteriores se le había visto en el café Payén, en la sección de los Inválidos, bebiendo con los principales jefes terroristas y aconsejándoles la insurrección. En su consecuencia, décrétese el arresto de Huguet, Leonardo Bourdón y Duhem. Denúnciase luego á otros muchos, en cuyo número figura Amar, el individuo más aborrecido del antiguo comité de seguridad general y considerado como el más peligroso de los montañeses. La Convención manda prender á este último: á fin de alejar de París á estos pretendidos jefes de la conspiración, pídesese que sean detenidos en el castillo de Ham; apruébase el decreto, y se decide además que los conduzcan inmediatamente. Después se propone declarar la capital en estado de sitio, hasta tanto que haya pasado el peligro; y como entonces se hallaba en París el general Pichegrú, en todo el apogeo de su gloria, se le nombra general de la fuerza armada mientras dure el peligro, agregándole como auxiliares los diputados Barras y Merlin de Thionville. Eran las seis de la mañana del 13 germinal (2 de abril): la Asamblea, agobiada de fatiga, se retira por fin, confiando en las medidas adoptadas.

Los comités se dispusieron á poner en ejecución sin tardanza los decretos recientemente expedidos. Aquella misma mañana fueron encerrados en coches los cuatro desterrados, aunque uno de ellos, Barrere,

estaba muy enfermo, y se les condujo por el camino de Orleáns para enviarlos á Brest. Con la misma prontitud se hizo salir á los siete representantes condenados á prisión en el castillo de Ham. Los coches debían atravesar los Campos Eliseos; sabíanlo ya los patriotas, y muchos de ellos ocuparon el paso para detener los vehículos. Al llegar éstos precedidos de la gendarmería, formóse á su alrededor un numeroso grupo; los unos decían que la Convención se retiraba á Chalóns, llevándose los fondos de la tesorería; los otros aseguraban, por el contrario, que eran los diputados patriotas injustamente arrancados del seno de la Convención, y que no se tenía derecho de suspenderles en sus funciones. Dispersóse á la gendarmería y los coches fueron conducidos al comité civil de la sección de los Campos Eliseos. En el mismo instante otro grupo atacó el puesto militar que guardaba la barrera de la Estrella, apoderóse de los cañones y los asestó contra la avenida. El jefe de los gendarmes trató inútilmente de parlamentar con los sediciosos; fué acometido y hubo de emprender la fuga. Dirigióse entonces al Gros-Caillou para pedir auxilio; pero los artilleros de la sección amenazaron hacer fuego contra él si no se retiraba. En el mismo momento llegaban varios batallones de las secciones y algunos centenares de jóvenes mandados por Pichegrú, muy orgullosos de poder combatir á las órdenes de tan célebre general. Los insurrectos dispararon dos cañonazos, haciendo una descarga bastante nutrida; Raffet, que mandaba aquel día las secciones, recibió un tiro á boca de jarro; el mismo Pichegrú corrió graves peligros, habiéndole apuntado dos veces; pero su presencia de ánimo y la firmeza que infundió á cuantos mandaba decidieron el éxito. Los insurrectos debieron emprender la fuga, y los coches continuaron su marcha sin obstáculo.

Faltaba dispersar el grupo de la sección de los Trescientos, al que se había agregado el que se formó en la iglesia de Nuestra Señora. Allí se habían constituido los facciosos en asamblea permanente y deliberaban sobre una nueva insurrección. Presentóse Pichegrú, hizo despejar la sala de la sección y acabó de restablecer la tranquilidad pública.

Al día siguiente se presentó en la Convención para manifestar que se habían ejecutado los decretos. Unánimes aplausos acogieron al conquistador de Holanda, que con su presencia en París acababa de prestar un nuevo servicio. «El vencedor de los tiranos, contestóle el presidente, no podía menos de triunfar de los facciosos.» Pichegrú recibió entonces el abrazo fraternal y los honores de la sesión, y durante varias horas estuvo expuesto á las miradas de la Asamblea y del público, que se fijaban sólo en él. No se buscaba la causa de sus conquistas, no se tenían en cuenta los accidentes felices que contribuyeron á sus hazañas; sólo se admiraban los resultados y la brillante carrera del general.

Esta audaz tentativa de los jacobinos, que de ningún modo podía caracterizarse mejor que dándole el nombre de un 20 de junio, excitó contra ellos doblemente la irritación, provocando nuevas medidas represivas. Mandóse instruir al punto un informe para descubrir todos los hilos del complot, atribuido equivocadamente á los individuos de la Montaña, porque éstos no se comunicaban con los agitadores populares, y sus rela-

ciones se limitaban á encuentros casuales en el café y á breves palabras para estimularlos. El comité de seguridad general procedió, sin embargo, á instruir el informe.

Suponíase que la conspiración era tanto más extensa, cuanto que se habían manifestado también movimientos en todos los países bañados por el Ródano y el Mediterráneo, en Lyon, Avignón, Marsella y Tolón. Habíase denunciado ya á los patriotas que, abandonando los distritos donde se señalaron por sus excesos, fueron á reunirse armados en las principales ciudades, ya para no ser vistos de sus conciudadanos, ó bien para incorporarse á sus correligionarios, formando cuerpo con ellos. Pretendíase que recorrían las orillas del Ródano, circulando por partidas numerosas en los alrededores de Avignón, de Nimes y de Arlés, así como en las llanuras del Crau, y que cometían actos de bandolerismo contra los habitantes reputados de realistas. Se les imputaba la muerte de un rico particular, magistrado en Avignón, á quien se había asesinado y despojado. En Marsella no les contenía apenas la presencia de los representantes, ni las medidas que se habían adoptado, poniendo la ciudad en estado de sitio.

En Tolón hallábanse reunidos en gran número, constituyendo una fuerza de varios miles de hombres, poco más ó menos como habían hecho los federales á la llegada del general Carteaux, y dominaban la ciudad por su reunión con los empleados de marina, elegidos casi todos por Robespierre el joven después de haberse recobrado la plaza. Tenían además muchos partidarios entre los obreros del arsenal, cuyo número pasaba de doce mil, y todos estos hombres reunidos eran capaces de los mayores excesos.

En aquel momento, la escuadra, reparada completamente, se disponía á zarpar; el representante Letourneur se hallaba á bordo del buque almirante; habíanse embarcado las tropas, y decíase que la expedición se dirigiría á Córcega. Los revolucionarios, aprovechando aquel momento de quedar una escasa guarnición en la plaza, poco segura, y en la cual contaban con muchos partidarios, promovieron un levantamiento y en los brazos mismos de los tres representantes, Mariette, Ritter y Chambón, asesinaron á siete prisioneros acusados de ser emigrantes. En los últimos días de ventoso (marzo) renovaron los mismos desórdenes: veinte prisioneros hechos en una fragata enemiga se hallaban entonces en uno de los fuertes: los revoltosos sostuvieron que eran emigrados y que se trataba de hacerles gracia; sublevaron á los doce mil obreros del arsenal, y rodeando á los representantes, faltó poco para que los asesinaran, lo cual se evitó felizmente, gracias á un batallón que desembarcó la escuadra.

Estos hechos, coincidiendo con los de París, aumentaron los temores del gobierno, obligándole á redoblar su severidad. Ya se había prevenido á todos los individuos de las administraciones municipales, de los comités revolucionarios, de las comisiones populares ó militares, á todos los empleados, en fin, destituídos desde el 9 termidor, que salieran de las ciudades adonde habían ido y volvieran á sus respectivos distritos; y después se expidió contra ellos otro decreto más severo aún. Habiéndose apoderado de las armas distribuidas en los

momentos de peligro, decretóse que todos aquellos que fuesen conocidos en Francia por haber contribuido á la vasta tiranía abolida el 9 termidor fuesen desarmados desde luego. A cada asamblea municipal ó de sección correspondía designar los cómplices de dicha tiranía y proceder á su desarme, y ya se comprenderá á qué persecuciones tan peligrosas iba á exponerles esta orden en un momento en que habían excitado tanto odio.

Pero no pareció esto bastante: se quiso alejar á los supuestos jefes que tenían en los bancos de la Montaña: aunque los tres principales hubiesen sido condenados al destierro, enviándose al castillo de Ham otros siete, Choudieu, Chasles, Fousseidoire, Leonardo Bourdón, Huguet, Duhem y Amar, creyóse que aún quedaban algunos igualmente temibles. Cambón, el dictador de la hacienda y adversario inexorable de los termidorianos, á quienes no perdonaba haber osado atacar su probidad, pareció por lo menos incómodo y hasta se le calificó de peligroso. Pretendíase que en la mañana del 12 había dicho á los empleados de la Tesorería: «Aquí sois trescientos, y en caso de peligro podéis resistir.» Posible era que hubiese dicho estas palabras, las cuales probaban su conformidad de sentimientos, pero no su complicidad con los jacobinos. Thuriot, en otro tiempo termidoriano y nuevamente montañés desde la vuelta de los setenta y tres y de los veintidós y diputado muy influyente, fué considerado también como jefe de la facción. En la misma categoría se comprendió á Crassous, que había sido uno de los más enérgicos sostenes de los jacobinos; Lesage Senault, que había contribuido á que se cerrase su club, pero que después se atemorizó ante la reacción; Lecointre de Versailles, adversario declarado de Billaud, Collot y Barrere, y que volvió á la Montaña desde la entrada de los girondinos; Maignet, el incendiario del Mediodía; Hentz, el terrible procónsul de la Vendée; Levasseur del Sarthe, uno de aquellos que habían contribuido á la muerte de Philippeaux, y Granet de Marsella, acusado de ser instigador de los revolucionarios del Mediodía. Tallián fué quien los designó; y después de haber hecho la elección en la tribuna misma de la Asamblea, pidió que se les arrestara como á sus siete colegas y se les enviase con ellos al castillo de Ham. Satisfizo el deseo de Tallián, y se les condenó á sufrir esta detención.

Vemos, pues, que aquel movimiento de los patriotas les costó ser perseguidos, desarmados en toda Francia y enviados á sus distritos respectivos, sin contar que perdieron unos veinte montañeses, algunos de los cuales sufrieron el destierro y los otros la prisión: cada movimiento de un partido que no es bastante fuerte para vencer, no da más resultado que acelerar su ruina. Después de castigar á los individuos, los termidorianos atacaron las cosas. La comisión de los siete, encargada de redactar un informe sobre las leyes orgánicas de la Constitución, declaró sin rebozo que aquella era tan general, que sería preciso rehacerla, y entonces nombróse una comisión de once individuos para presentar un nuevo plan. Desgraciadamente, las victorias de sus enemigos, lejos de hacer entrar en carrera á los revolucionarios, iban á excitarlos más, provocando de su parte nuevos y peligrosos esfuerzos.